

CAUTIVIDAD DE PABLO

Lectura: 1 Corintios 1:17-31

I.- INTRODUCCION

En la lección anterior hemos visto que el fallido voto de Pablo en el templo de Jerusalem, terminó con su prisión en manos de las autoridades romanas, delante de las cuales ahora debe dar testimonio de su fe; en consecuencia, haremos un breve resumen de su actuación en esas circunstancias, de acuerdo con el relato de Lucas (Hch. caps. 24 a 26). Todo esto, naturalmente, era el paso previo a su posterior traslado a Roma, la capital del Imperio, donde también podría anunciar el Evangelio delante de aquellos gobernantes paganos. Nuestro relato comprende, aproximadamente, los años 59 a 61 de nuestra era, y la extensión que le dan las Escrituras al mismo documenta su importancia.

Dios prepara todas las cosas para que Pablo pueda encontrarse frente a dos gobernadores: Félix y su sucesor Festo; así como también le es permitido predicar ante el rey Herodes Agripa II ó el Menor, quien ejercía su poder en una Tetrarquía que le había otorgado el Emperador romano. Además estuvieron presentes, en diferentes oportunidades, dos mujeres: Drusila, concubina de Félix, y Berenice, de Agripa, que era también su hermano. Todo esto muestra, igualmente, el estado de pecado y degradación moral en que vivían los poderosos de ese tiempo.

II.- PABLO ANTE FELIX

"Un ex-esclavo cruel, licencioso y bajo"; así define el escritor Tácito a quién, a través de la protección que le proporcionara Claudio César, llegó a ser gobernador de Judea. Esta era la persona que debía juzgar la santa y pura conducta de un fiel siervo de Jesucristo.

Parece una tremenda paradoja el hecho que Dios permita que la podredumbre del género humano tenga que decidir respecto al futuro del más grande de todos los predicadores del Evangelio. Pero ello no debe extrañarnos, de ninguna manera; pues aquí se manifiestan como nunca, los santos y perfectos propósitos divinos, que han de demostrar al mundo, como en este caso, que la humildad, pobreza y debilidad del hombre entregado a su Señor, puede vencer todo el poder, orgullo y pecado de quienes están en manos de Satanás. No fue Pablo quien tembló en este encuentro, sino y por el contrario, aquél que debía ser su juez, fue juzgado por la palabra inspirada del Apóstol.

El fogoso discurso que pronunciara en esta oportunidad hizo referencia a la justicia, la castidad y el juicio final; todo con la finalidad de mostrar a Félix y su concubina Drusila, mujer judía con la cual vivía, la necesidad de arrepentirse de sus pecados, pues de todos ellos debían dar cuenta un día, delante de la presencia de Dios.

Lamentablemente para ambos, la reacción que se produjo en el hombre no fue más que un susto del momento, pues continuaron con su vida de pecado; y el final trágico que tuvieron, es una prueba que pronto comenzaron a experimentar los juicios divinos sobre sus vidas.

III.- PABLO ANTE FESTO

El sucesor de Félix, aunque con una formación intelectual muy superior y habiendo tenido una actuación al frente del gobierno, mucho más moderada, no por ello estaba menos necesitado del poder y virtud del Evangelio; sin embargo lo despreció con la misma liviandad que su antecesor.

Continuó con la inveterada costumbre de tantos gobernadores romanos, como Pilato por ejemplo, que deseando congraciarse con los judíos, condenaban a muerte a los cristianos; o de lo contrario los mantenían en prisión, como hizo Festo en esta oportunidad con nuestro apóstol.

Pero Dios tenía también una poderosa palabra para este miserable pecador y usó nuevamente a Su siervo para testificar que así lo era. Tanto

como para hacerlo exclamar: "Estás loco, Pablo: las muchas letras te vuelven loco" (Hch.26:24). Una reacción distinta a su antecesor, pero igualmente reveladora de una misma y profunda necesidad, tanto como una negativa a querer someter su yo a los requerimientos divinos.

Bien se aplican, en este caso, las palabras del mismo Apóstol a los corintios: "Porque por no haber el mundo conocido en la sabiduría de Dios, a Dios por sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes, por la locura de la predicación" (1 Co.1:21). Feste, con toda su pretendida cordura, poder y orgullo, se fue a la perdición eterna; mientras que el pobre y humilde siervo de Jesucristo a quien él consideraba un demente, hoy y para siempre, está gozando de las moradas de gloria.

IV.- PABLO ANTE AGRIPA

La providencia divina tenía previsto que Pablo estuviese aun preso en Cesarea cuando llegó allí el rey de toda esa Tetrarquía y otras vecinas. Era precisamente uno de los tantos Herodes que figuran en las Sagradas Escrituras; en este caso el llamado Agripa II o el Menor.

Se trataba de un pagano incestuoso que vivía en concubinato con su misma hermana Berenice o Bernice, que precisamente le acompañaba en esta oportunidad y que necesitaba como el que más, de una poderosa obra de limpieza de sus pecados; pero que ambos no quisieron aceptar.

Sin embargo, observamos la tremenda misericordia divina que, aun tratándose de personas tan malas y pecadoras, envía a Su mensajero con una exhortación directa y terminante. En efecto, el Apóstol, luego de dar un magnífico y claro testimonio de su fe, hace un llamado personal a su oyente principal: "¿Crees, rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees" (Hch. 26:27).

La reacción, en este caso, manifiesta a un hombre que estuvo cerca del Reino de Dios, pero que no obstante, no fue capaz de liberarse de las cadenas de pecado que le tenían sujeto a las cosas de este mundo. Se produce la misma situación que menciona Jesucristo respecto de los poderosos de su tiempo: "Amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios" (Jn 12:43).

"Por poco me persuades a ser cristiano" ha de ser la frase que, a través de los siglos, resonará en la mente y corazón de Agripa cuando, en las moradas de las tinieblas, donde tendrá la condenación que le correspondía, recordará la oportunidad que Dios le concedió para ser salvo y la manera orgullosa como la rechazó. Este ha de ser, para este rey, el fuego que torture su ser, entre otras cosas, en el lugar de tormentos reservado para todos los que rechazan el mensaje de salvación.

V.- CONCLUSION

Pablo tuvo una magnífica oportunidad de testificar de su fe delante de estas autoridades romanas y la aprovechó en forma notable. El conocía los tremendos pecados de la gente que enfrentaba; sin embargo, en todos los casos los trató con la cortesía debida, reconociendo, en primer lugar, que si ocupaban ese cargo era porque Dios lo había permitido, y luego, que les debía la correspondiente honra (Ro.13:1-7; Tit.3:1).

Pero también es importante observar que esto no significaba transigir con las maldades de esa gente o adularlos como lo hiciera su acusador Tértulo con Félix, a quien, como los restantes judíos, despreciaba (Hch. 24:1-6).

Por el contrario, el mensaje apostólico procuraba poner en evidencia la naturaleza pecaminosa de sus oyentes, para que se arrepintieran de ello y aceptasen a Jesucristo como Salvador personal. De allí también las reacciones que se produjeron en los tres casos mencionados.

Otro hecho digno de destacar es la profunda paciencia de Pablo que, para poder dar este testimonio, debió permanecer más de dos años preso en Cesarea (Hch.24:27). Justamente este periodo oscuro en la vida del Apóstol es utilizado por muchos intérpretes para señalar el posible error que existió de su parte cuando, a pesar de todas las profecías, decidió ir a Jerusalem; y luego aun más, cuando trató de cumplir la ley.

Es posible que algo de razón tengan, por cuanto si hubiesen sido años fructíferos, con toda seguridad las Escrituras no permanecerían calladas. De todas maneras, con igual certeza podemos decir que Pablo no estuvo ocioso, y entre lo más importante que podemos citar son las cartas que escribió a algunas iglesias, que fueron, son y serán, fuente de permanente enseñanza y exhortación para todos los creyentes que las leen. Además de los señalados propósitos divinos para que Pablo predicase ante las autoridades romanas.

VI.- ENSEÑANZAS

1) Tenemos que aprender del Apóstol la sencilla pero difícil lección de la paciencia. Dios tiene un tiempo para todas las cosas; es necesario saber esperar en El (Stg.5:7-11).

2) Debemos reconocer las autoridades que gobiernan en nuestro país, pues las que lo son, de Dios son ordenadas y les debemos el correspondiente respeto (Jn.19:11; 1 P.2:13). Pero nuestra responsabilidad no termina allí; pues además tenemos que orar por los que están en eminencia; especialmente en tiempos tan difíciles como los que vivimos y cuando más que nunca los problemas para gobernar los pueblos son tan importantes (1 Ti.2:1-7).

3) Es necesario testificar delante de cualquier tipo de oyentes, pero recordando el ejemplo paulino, debemos cuidarnos de no dejarnos guiar por la carne, a pesar de que conozcamos el pecado que ellos tienen, sino estar sometidos al Espíritu Santo (Gá.5:24-25; Ef.5:18-20).

4) De todas maneras, nuestro mensaje se adaptará a las necesidades de los que oigan. Así cada uno recibirá lo que Dios quiera decirle para llevarle a los pies de Jesucristo (Hch.20:31).